

# ***Sal de sangres en pánico***

**Alicia Kozameh**

reseñado por

*Laura R. Loustau*

Chapman University

Kozameh, Alicia. *Sal de sangres en pánico*. Córdoba, Argentina: Alción, 2020. 200 pp. ISBN 978-987-646-861-9.

Después de *Sal de sangres en guerra* y *Sal de sangres en declive*, la escritora argentina Alicia Kozameh publica el tercer volumen de una colección de cinco textos de poesía en prosa, *Sal de sangres en pánico*. El texto está organizado en base a fragmentos de variada longitud los cuales a simple vista parecen ser independientes y carentes de conexión. Frente a una segunda lectura, sin embargo, se observa que los fragmentos están interconectados por una serie de imágenes recurrentes, así como por un ritmo sostenido a lo largo de las 200 páginas del libro. A nivel general los temas que atraviesan el texto comprenden las heridas físicas y psicológicas de cuerpos violentados, el miedo, la angustia y el pánico que se producen en las luchas por vivir y morir.

Desde el epígrafe “Y con esta reverencia / de la que todos ustedes están siendo testigos, / a mis imbatibles fantasmas y a sus voces les digo: gracias” se vislumbran las posibilidades temáticas de la colección como son, concretamente, las crueldades y atropellos a lo largo de los siglos de los sacerdotes católicos a los indefensos pueblos indígenas. Tanto el vocablo “reverencia” como “testigo” aluden de alguna manera a la virtud fundamental de la vida cristiana, así como al concepto de dar testimonio con respecto a un suceso. Uno de los poemas comienza con un apóstrofe perturbador, “¡Impíos! ¡Sucios!”. De esta manera, los lectores comienzan a ser testigos de la crueldad física y verbal a que son expuestos los “pecadores”. La voz poética los insta a que “Aceleren el paso. Suden...esas sales y ácidos pestilentes [así como] todos los alambres de púas que vienen tragándose. Todos los latigazos” (31). La referencia a las imágenes de los cuerpos sudorosos y fétidos y al dolor que les producen los castigos coexiste con la extenuante persistencia del dolor en el tiempo “siglo por siglo. Año por año”. Con un tono autoritario y despótico la voz poética ordena: “Arrástrense. De rodillas. Vamos. Por / el empedrado. Que se les abra la piel. La carne. El hueso. / Quiero ver rodillas desolladas...Agradezcan las heridas. Dejen salir esa sangre infecta que le llena el cuerpo y les emponzoña el alma” (48). La autora utiliza frases cortas

y punzantes que agudizan el efecto de dolor en los cuerpos esclavizados y martirizados. Del mismo modo, los mandatos abundan en el texto: “Corran. Corran. Apúrense. / No importa, a nadie le importa que tropiecen, que se caigan, que se quiebren...Avancen (172)”, creando un cierto sentido de urgencia y de movilidad forzada como si los cuerpos impíos merecieran el castigo recibido: “No me miren como si no entendieran lo que está pasando...Yo no me ensucio la boca con palabras que no / han sido creadas por Dios Nuestro Señor” (172).

La imagen de permanencia de los cuerpos en el tiempo y espacio se contraponen con una de movimiento: “Que nada ni nadie llegue y se instale para siempre. El temblor de estas manos que me permite suponer que estoy viva / me habla de fobias a lo eterno. Que nada ni nadie llegue y / quiera instalarse en lugar de pasar de largo y –con algo de / generosidad- perderse en el camino” (15). Ese opuesto binario de la permanencia y el movimiento no es estático ni rígido en la poesía de Kozameh, ya que el yo poético a lo largo del texto crea espacios fluidos y cambiantes, “Tanto resplandor me / encierra en un espacio de nitidez que ni siquiera existe” (13) y en ciertos momentos estos espacios son simplemente inexistentes en la realidad, son más que nada una búsqueda y construcción constante de sentido.

En la poesía en prosa de Kozameh la trama sensorial se construye en base a contrastes. A modo de ejemplo se identifican las imágenes cromáticas que despiertan los sentidos en el lector: la sangre que se escapa del cuerpo blanco (37), el oso como una mancha negra y sólida que avanza con música en tonos de gris y dorado (51). Los colores de la música presentan una sinestesia que produce un efecto simbólico en la construcción del universo de la autora. Otras polaridades que pueblan el texto se encuentran en las imágenes, entre otras, de la luz y la oscuridad, la vida y la muerte, el saber y la ignorancia, las cuales se articulan en el proceso mismo de las especulaciones lingüísticas y epistemológicas: “Un fémur que deslumbra con el brillo de la insistencia. Un / fémur húmedo. Vivo. Que me habla. Que me escucha” (185). Se busca, se duda y se teme al mismo tiempo y en ese proceso se produce el pánico: “Le digo: Fémur, te amo. Me das pánico porque sos la vida. Y / la vida, tal cual es, es pánico” (186).

*Sal de sangres en pánico* es un texto cuya constante consiste en la invitación a crear conexiones y a encontrar ciertas lógicas. En este afán, las imágenes y los conceptos se vuelven únicos como si nacieran en cada página. El lector se siente atrapado en las complejidades lingüísticas, en el desafío de encontrar un referente que le dé sentido a la lectura. En *El cuerpo de la voz*, Francine Masiello explica el modo en que nuestro cuerpo es estimulado en el encuentro con la poesía (9); asimismo en *Sal de sangres en pánico* aprehendemos el texto a través de las grietas y hendiduras del poema, sentimos el peso del dolor físico, mental y emocional tanto del yo poético como de las otras voces. Se siente una incomodidad y un cansancio ancestral que permea el mundo escurridizo que se presenta en el texto.